

LA IDEA

Periódico Político, Comercial y Literario

PAYSANDÚ NOVIEMBRE 3 DE 1901

EDITOR—LUCIANO ARMER

AÑO I NÚMERO 3

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

MONTE CACEROS N° 87

Aparece los Domingos

—50—

SUSCRICCIÓN

Por mes

Número suelto

0,30

0,10

se imprime por la Imp. GUTIÉRREZ

LA IDEA

Sin arriar bandera

—42—

Desde hoy dejará de aparecer aun-
que temporalmente LA IDEA.

Sin arriar bandera, — ponemos
como título encabezando estas líneas,
que una vez desaparecen las
causas que motivan la suspensión in-
terior de LA IDEA, volverá ésta a la
vida sosteniendo los ideales y propósi-
tos que encierra su programa, con
el mismo aliento, cultura de estilo y
repose criterio, que enseña la ex-
periencia y que hasta hoy hemos
observado.

La causa única pero poderosísima
por cierto, que nos induce a tomar
esta determinación, es la enfermedad
que aqueja a su director y redactor
Señor Luciano Armero, quien por
prescripción médica se ve obligado a
someterse a un régimen de mayor
tranquilidad y reposo que el habitual
prestando así un valiosísimo concur-
so a la acción de la ciencia, con lo
cuál se obtendrá con posibilidad in-
dudable un pronto eficaz restableci-
miento.

Terminaremos estos renglones que
importan el cumplimiento de un de-
ber inclaudible hacia nuestros náme-
rosos suscriptores como así mismo a
los distinguidos colegas con quienes
mantenemos canje, haciendoles sa-
ber nuestra determinación y deseando
a todos prosperidad y bienestar.

Crónica científica

LAS TIERRAS QUE RESPIRAN

(Segunda parte)

Si Cook, Meudafia, La Peronzo y to-
dos los grandes navegantes que cru-
zaron los mares de la Oceania, vol-
vieren a recorrer aquellas regiones,
guindándose por las cartas entonces
construidas, a fe que en muchos sitios
no podrían gobernarse. Encuentra-
rían bancos inmensos donde cielos no
los conocieran, islas donde solo arre-
tes se estafaron; largo cordón de es-
cuellos coralinos donde únicamente
alguno que otro bicho pudieron apre-
ciar. Entre la Australia y Nueva
Guinea esta variación continua tan
marcada que actualmente los marinos
tienen que estar constantemente re-
visando las cartas hidrográficas en
donde marca el contorno de las islas
y los detalles de los pasados del mar.
Así se comprende que esta parte del

Océano haya sido llamado Mar de
coral como los navegantes lo di-
sigan. La linea continua de arrecifes e-
sotiles que se extiende a lo largo de
las costas de Queensland y de la Pe-
nísula del Cabo York tiene más de
1.500 Kilómetros de longitud; hacia
la entrada del estrecho de Torres, la
murala de coral es un verdadero di-
que, que solo por alguna que otra
abertura deja paso a las embarca-
ciones, por lo cual exige gran pericia
y destreza en los marinos el cruzarla.
Gran Barrera sin accidente alguno
escapó sin semejante de centenares de
Kilómetros rodean igualmente la isla
de Nueva Guinea y todas las de-
mas islas que hasta el archipiélago de
la Sonda se encuentran, ha-
biendo por esto precisión de navegar
con grandes precauciones por aquél
laboratorio de arrecifes madreporí-
cos que fabricaron esos suelos.

Conforme ya queda dicho, todas
estas tierras que, formada por intimi-
dad de microscópicos animales, van
apareciendo en la superficie del Oceá-
no, tienen su núcleo constituido por
los materiales colijos y silicatos que
segregaron las primeras generacio-
nes de pólipos que allí se fijaron. Pe-
recieron estas generaciones, sus des-
pojos se unieron a los de sus habita-
ciones y contribuyeron así doblemen-
te a formar el armazón de los arreci-
tes o islotes.

Peró apoyándose en el núcleo así
constituido, vinieron las generacio-
nes sucesivas de pólipos, continuando
todo alrededor la misma obra de
construcción que sus predecesores. No
es que una exageración, ni una figura
retórica decir que estos anima-
los son arquitectos y obreros de conti-
nentes futuros.

Resulito de aquí; que estas tierras
están por sus bordes (como las célu-
las por sus cubiertas), las plantas por
su epidermis y los animales por su
piel; cambiando constantemente pro-
ductos con los elementos que los ro-
dean. Sabido es que la vida de plan-
tas y animales depende de la indivi-
dualidad de los elementos celulares
que los constituyen y que esta vida
consiste en difusión en un cuadro cons-
tante de materiales entre las células
y el medio que la rodea; de foran,
entonces, que los zoóptos que en los
contornos de las islas madreporí-
cas anidan vienen a representar las células
vivas de esas islas por las cuales
estas toman de las aguas y de la
atmósfera productos que se así milan
y perdónde desprenden las sustan-
cias que segregan. La porción inter-
ior de las islas está formada de cé-
lulas muertas, pero quiere decir que
en todo animal y vegetal, sencillo o
complicado, grande o pequeño, hay
igualmente células muertas, a la vez
que células vivas. Las uñas, los pelos
las escamas, las conchas, porciones
muertas son de animal, al modo de
los polipos sin habitantes ya de las
islas madreporícas.

Corresponde por tanto el estudiar
en que consiste el cambio de produc-
tos que los elementos que los elemen-
tos vitales de esas islas realizan con
el mar y con la atmósfera. Las ma-
dríporas, los corales de variadas es-
pecies, los globigerinos y policítimos

de su amio.

El también había visto la mujer
que el general tenía a su lado y su
corazón de diez y seis años se sen-
tía impresionado.

Nada era bastante a describir las
emociones que sentía: sus sien-
es palpitaban, sus hermosos ojos
se cerraban y crezaban de cuando en
cuando sus bravos para moderar los
latidos de su pecho.

Mas, él no era sino un paje y aun-
que tuviera diez y seis años, se le
consideraba como un niño. Y sin
embargo, había instantes en que
sentía el ardor de las pasiones y en
que su razón se turbaba. La mirada
de una mujer era lo suficiente para
que su imaginación se entregara a
sueños deliciosos.

Lorenzo se ha laba muy triste.
Cuando su amo salió de la cámara
de la gondola, el paje continuaba
absorto en sus reflexiones.

Al ver a Carmagnola, el joven se
estremeció.

—Vamos, Lorenzo; levantate ami-
go mío: es hora de que volvamos a
casa, le dijo su señor.

La gondola se detuvo.

Lorenzo y Carmagnola salieron
en el muelle dirigiéndose hacia pa-

las mandarinas y los multiformes
pongieron, absorber el acido carboní-
co; las sales calidas y los síticos que
van en disolución en el agua. Segun-
do despues estos materiales en for-
mula insoluble constituyendo los ma-
teriales que granito a granito hacen
las habitaciones de esos seres y mas
que los arrecifes, los islotes y las isla-

s. En la misma carta se lamenta de

que le habían quitado sus hijos para

educarlos malamente, y de que su es-
posa no le hacia caso.

El pobre D. Juan murió el año 1887

a los sesenta y cinco de edad, y toda

su vida anduvo corriendo con afán

buscando el dinero, que cada vez pa-

recibía alejarse más de él.

Bien es verdad que necesitaba no
poco para sus trancachelas, porque

como alegó de divertirse lo era mu-
cho al buen señor, tenía un secre-
tario, Lazarillo del que se podrían reco-
gar memorias interestantísimas, en

los cuales el proyecto de retirar el Re-
tiro, en Londres, que hoy recuerda el

barón María no de Cavia, es de lo más

insignificante.

—M QUIJOS PARA DORMIR

Not bles aparatos

Las drogas que sirven para pro-
ducir el sueño a la persona que pa-
dece de insomnio, acaba siempre

por alterar la salud de un modo peli-
groso. Así es que desde hace mucho

tiempo se ha pensado en el uso de

aparatos mecánicos para conseguir

el mismo objeto.

En realidad, conforme van cre-
ciendo las necesidades de la vida mo-
derna y haciendose estas más agu-
jadas, el sueño va huyendo de los mor-
tales, y uno de los psicólogos más

notables de Europa profetizó no hace

mucho que, en tiempos futuros no muy

remotos, el hombre tendrá que de-
pende de medios artificiales mecáni-
cos para conseguir el sueño, y por lo

tanto para vivir, porque sin sueño no

hay vida.

En poco tiempo se han introduci-
do en el mercado y en la clínica una
porción de aparatos para producir
el sueño.

—el FASCINADOR

Uno de ellos es la «corona vibrante»
inventada por el Dr. Gaffé, de Pa-
ris. Esta compuesta de tres círculos
de metal que se ajustan a la cabeza.

De ellos parten un ó dos rámites que

llegan hasta ponerse en contacto con

los párpados, y por medio de muelas

vibrantes avivante contra los ojos.

Este aparato se emplea para pro-
vocar el sueño a los enfermos de la clí-
nica del célebre Dr. Berillón, de Pa-
ris.

Otro aparato es el llamado de «es-
pejuelo» que tiene mucho parecido

con los espejuelos los que usan los cau-
zadores para atraer a los cordóncitos.

La fábrica Mathieu, ya está operado

en más de una clínica de Europa. Se

componen de una caja de caoba so-
bre la cual hay un eje de níquel que

penetra por el centro de dos tablas

rectangulares de ébano.

Dentro de la caja hay un aparato

de relojería que hace que las dos ta-
blas de ébano giren en sentido inver-
so. Cada uno de ellas tiene iner-
vada una fila de espejuelos de j tam-
bién de una peseta. La velocidad es de una

revolución por segundo. Para pro-
vocar el sueño con este mecanismo se

deja a oscuras la habitación, y solo

se permite que por un agujero hecho

en la tapa se acerque a la volúptuosa ve-
nejana y cogia una de sus manos

que aquella no retiraba.

Los dos eran jóvenes; sus labios

balbuceaban aun las primeras tra-
ces del amor, tan embriagadoras y

duces; su corazón no podía evitar

esas mil sensaciones llenas de in-
dolable entusiasmo que brotan en la

calma de la noche.

Una frase, una chispa, era lo bas-
tante a producir un incendio.

Carmagnola era el primer amor

de Margarita; el que había avivado

su imaginación y principalmente

sus sentidos.

Margarita era el primer deseo de

Lorenzo. Rueda de esto, para Mai-

garita existía un oculto motivo pa-

ra romper los lazos que la unían

a Carmagnola y seguir aunque fue-

se indirectamente, en amistad con

el paje, a fin de que éste le enterara

de los secretos de su amo.

Cierta noche Carmagnola ordenó

á Loaezen que se siguiese; debía

partir al dia siguiente y antes de ale-

jarse de Venecia quería dejar á el

glo que se advirtiese los peligros

de venganza.

Anduvieron mucho tiempo a tra-

ves de las calles estrechas y sem-

FOLLETON

EL CONSEJO DE LOS DÍEZ

Ó

LOS misterios de Venecia

POR

Pablo Feval

CAPÍTULO III

admiración y sorpresa que aquella
aparición le causaba.

La joven viéndose así contemplar
se ruborizó y bajó sus ojos.

Entre tanto, la góndola continuaba
andando, balanceándose sobre
los lagos y no se oía en torno suyo
nada que el cadencioso canto de al-
gunos marineros.

